

LA MASCARA Y EL ROSTRO

SE siente una fascinación morbosa viendo a Aurora Bautista interpretar su contrafigura en el teatro Martín, de Madrid. Aparte de cualquier reflexión cómoda sobre la paradoja del comediante o la plasticidad del intérprete, la lección consiste en el realismo candente: en el esfuerzo, aquí simbolizado, por invertir una imagen, esfuerzo común a muchos españoles. La inversión, en algún momento, es algo más que simbólica: la actriz recita un fragmento de su papel colgada por los pies sobre el vacío. Confieso que la obra me hubiera interesado escasamente representada por otra actriz. El morbo está en que Aurora se haya convertido en Antiaurora, en un juego de espejos. En un Semprún invirtiendo al joven Federico Sánchez, en un Suárez volviendo del revés, como un guante, la imagen del ministro secretario general del Movimiento, en un Carrillo dejando atrás la piel reseca y envejecida de Lenin, en un Felipe González lampiño, sin la barba postiza de Marx. Tiempo de apuestas.

Llevamos ya un tiempo acostumbrados a verlo en la realidad. Pero cuando la apostasia entra en el teatro es que la cosa es más seria. La política es una superestructura, un juego cambiante de palabras para adornar el camino del hombre sobre la tierra. El teatro suele ser la estructura real, la esencia de la vida. Siendo la política y el teatro dos artes de la palabra, difieren en la cuestión de la sinceridad: en la política nadie exige que la palabra sea sincera, y en el teatro, sí. La palabra en política es una forma de ocultar el pensamiento, dijo un clásico —no recuerdo ahora si Metternich o Talleyrand: tanto da—; en el teatro es una manera de expresarlo. Cuando algo que está sucediendo entra en un escenario y se representa es cuando es, finalmente, una verdad.

Aurora y Antiaurora revelan muchas cosas en esta interpretación extraordinaria. Es imposible ver su máscara sin ver al mismo tiempo su rostro. No sé por qué misteriosa intuición o por qué profundo estudio hace traslucir a veces sus antiguos personajes. Los vemos, en ese momento, con la nueva imagen de ahora: en aquella Agustina de Aragón o en aquella reina loca estaban ya contenidas estas muecas de ahora; en estas muecas de ahora transparecen los personajes de entonces. Como quizá en "El Lute" de entonces había ya algo del moralista de ahora, y en el moralista de ahora algo del fuera de la ley de entonces. ¿Quiénes han sido, quiénes son, los apóstatas de hoy? ¿Cuál era la fe, cuál la apostasia: la de entonces, la de ahora? Pensamos entonces que no es un problema de doble, de rostro partido como el del barón Ashler, sino de la aplicación de caracterizaciones o de disfraces sobre una sola personalidad que no ha podido ser nunca. Una "cierta dificultad de ser", como decía Cocteau, nos ha llevado a todos, hasta a los que se creen de una sola pieza, al camaleonismo, a una condición fluida de adaptarnos al recipiente que nos contiene, como si el recipiente fuera nuestro destino.

Aurora Bautista interpreta la Antiaurora con mucha mayor sinceridad, con mucha más profundidad de revisión que los jóvenes y viejos personajes. Al no dejarnos saber cuál es la máscara, cuál es el rostro, nos puede hacer notar que en los otros apóstatas no tienen quizá más que máscara: la de entonces, la de ahora. O quizá no tienen más que rostro.

POZUELO



Suárez y González: una imagen habitual en los pasillos del Congreso de los Diputados.

largo de un período de dos años, este Gobierno tendría como tarea consustancial la consolidación del proceso democrático a la par que el avance en las reformas económico-sociales. Algo así como una segunda reedición del pacto de la Moncloa con una firma menos, la de Manuel Fraga, y muchas más garantías como supondría la formalización de un programa de gobierno.

Parece indudable, como ya demuestra hoy el hecho de que es la única de las tres alternativas defendidas por un solo partido, que este Gobierno contaría con la más abierta hostilidad de la derecha social, AP, ala conservadora y socialdemócrata de UCD, sector socialdemócrata del PSOE, totalidad de los poderes fácticos y, por orden que no por importancia, por los Estados Unidos de América, que siempre tienen mucho que decir en lo que sucede en nuestro país. Por el contrario, contaría con el apoyo crítico de las principales organizaciones sindicales del país.

Lo que significaría una enorme desproporción entre la fuerza de la presión contraria y el apoyo social sobre el que se sustentaría, dado que la heterogeneidad y ambigüedad de los intereses sociales a de-

fender por el programa de mayoría reduciría con mucho las posibilidades de apoyo por parte del movimiento obrero. De este modo, combatido por toda la derecha social sostenido débilmente por la izquierda sindical, dividido internamente por la aplicación e interpretación de un programa mayoritario ineludiblemente ambiguo basta con recordar aquí lo que está ocurriendo con el otro programa mayoritario del pacto de la Moncloa, sería la menos firme de las tres alternativas.

Tan es así que es gratuito hablar sobre su composición, tareas, aliados y posibilidades, porque toda la oposición que suscita opera ya desde el mismo momento en que aparece. La lucha contra él se iniciaría desde su misma gestación, impidiendo que pueda avanzar ni siquiera unos pasos.

Momentos tan propicios para formular un programa semejante como el habido durante la salida de la dictadura no volverán a existir y, sin embargo, el proyecto de la Junta Democrática acabó en el mayor de los estrepitosos fracasos. Porque la realidad es insoslayable y testaruda, no pudiendo ser sorteada con habilidades políticas o genialidades tácticas. ■